

TURRENT

➤ Un liderazgo visionario y decidido puede cambiar la historia de un país; una crisis se puede cambiar si hay un estadista al mando.

Los zares en México

ISABEL TURRENT

El INAH lleva años regalando a los habitantes de la Ciudad de México exposiciones amplísimas de culturas provenientes de todos los rincones del planeta. El Museo Nacional de Antropología alberga ahora una exposición maravillosa dedicada al arte y cultura rusos entre el siglo XVII y los albores del XX. El nombre de la muestra –“Zares. Arte y cultura del imperio ruso”– es engañoso. La exposición va más allá del arte y la cultura de la Rusia imperial: a través de cuadros, trajes, instrumentos, porcelanas, esculturas, joyas y mucho más cobre, de hecho, siglos de historia rusa. A la vez, la exposición no abarca, como hace suponer su título, ni a todos los Zares, ni a todos los Zares de la dinastía Romanov, a quienes está dedicada la muestra.

La exposición abre con el busto de Pedro I, obra de Rastrelli, uno de los muchos y multifacéticos arquitectos y escultores que embellecieron San Petersburgo, la ciudad que Pedro creó de la nada, bajo sus órdenes y las de sus sucesores. De una belleza espectacular, el busto de bronce de Rastrelli es, estéticamente, una puerta de entrada inmejorable a la exhibición. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, el vacío de pasado le quita a Pedro el escenario donde actuó y desde el cual transformó para siempre a la Rusia de fines del siglo XVII y principios del XVIII.

No hay en la exposición, antes del maravilloso busto de Rastrelli, nada que nos hable del abismal atraso de Rusia en 1672, cuando nació Pedro el Grande. Nada que le permita al visitante calibrar los retos que enfrentó el Zar y sus logros. A mediados del siglo XVII, Rusia era un país con una sola salida al mar, rodeado de enemigos, inmerso en un sistema feudal de gobierno y de vida. La mayoría de la población vivía en la servidum-

bre, las mujeres sobrevivían enclaustradas en el *terem*, el Estado y la religión eran una y la misma cosa y el país no tenía voz o influencia más allá de sus fronteras. Una nación tan arcaica y separada de Europa, que la regía otro tiempo: en Rusia, Pedro no había nacido en 1672 sino en 7180, de acuerdo con la práctica bizantina de contar los años a partir de la supuesta creación del mundo en 5509 AC.

Cincuenta años después, como lo muestra la exposición de Antropología, Rusia era una potencia mundial. Pedro el Grande había sometido a sus enemigos ancestrales y construido una nueva capital en el Báltico. En medio de desórdenes y revueltas sin cuento, el Zar se las había arreglado para modernizar el Ejército ruso, crear toda una flota en el Báltico, establecer nuevos sistemas administrativos y fiscales e instituciones y academias copia de las de los países más avanzados de Europa. Por último, y hasta cierto punto, porque las mentalidades son lo último que cambia, había impuesto a sus gobernados modas y hábitos modernos.

Uno de los grandes revolucionarios de la historia, Pedro I se convirtió en una prueba inmejorable de lo que puede lograr un líder visionario y decidido: no hay crisis que dure 100 años cuando un país navega con un buen timonel al mando, sin miedo al cambio, y con un proyecto claro de nación para el futuro. Pedro dejó incompletas muchas de sus obras –incluyendo la mentalidad de sus gobernados y San Petersburgo– pero sentó las bases para el florecimiento de Rusia en los siglos XVIII y XIX.

Después de la muerte de Pedro, en 1725, Rusia tuvo que esperar casi cuatro décadas para volver a encontrar una soberana a su altura (política, claro). La exposición retrata, a través de bellísimos objetos, cuadros y mapas, el embellecimiento de San Petersburgo y la creatividad artística que promovió durante su reinado Isabel, la



Continúa en siguiente hoja

Fecha 01.02.2009	Sección Primera - Opinión	Página 10
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

hija de Pedro el Grande. Isabel había heredado el hedonismo de su padre –y fue presa de una fiebre constructora que dio a San Petersburgo su encantadora fachada barroca–, pero no sus dotes de estadista.

Paradójicamente, fue Catalina II, que no llevaba sangre Romanov en sus venas, y muy probablemente no legó ni un solo gen de la dinastía a sus sucesores, la que recogió los dos legados de Pedro: el gusto por la buena vida y la capacidad de gobernar. Retomó el programa de reformas de su antecesor, extendió los dominios de Rusia y llenó de construcciones neoclásicas la capital y sus palacios, de maravillosas piezas de arte. Pero ni ella se atrevió a vulnerar los intereses de la aristocracia terrateniente y abolir la servidumbre.

Tocaría a Alejandro II liberar a los campesinos y confrontar las demandas democráticas que habían crecido durante el contacto de los rusos con Europa después de la derrota de Napoleón y de la represión de la rebelión Decembrista en 1825.

Para su desgracia, a mediados del siglo XIX, partidos radicales y grupos de jóvenes terroristas se habían convencido de que sólo la violencia daría a luz a la libertad. En 1881, llevaron a cabo uno de los magnicidios más inútiles de la historia moderna y asesinaron a Alejandro II. Con él se fue también la posibilidad de que Rusia transitara pacíficamente a la monarquía constitucional. En lugar de la anhelada libertad, los radicales obtuvieron decenios más de autocracia y represión, y finalmente, en medio de la guerra mundial y el fin trágico de los Romanov, una revolución que culminaría en el totalitarismo stalinista.

Si usted, querido lector, no ha ido a ver a los Zares, no deje de darse una vuelta por el Museo de Antropología a darse un baño de historia y de belleza. ¡Vale la pena!